

## Camino al delito (Cap I, II)

Daniel Vasquez Salas



# Capítulo 1

## Camino al delito (Cap I, II) Novela experimental

### I

Victor, mi proveedor, amigo de Limber, me propuso hacer un asalto: —No puedes payasear con esto, Daniel. Ya eres del barrio, entiendes. Sus ojos invasores me inflaron de confianza, luego de tanto deambular en la nada, en el mar a solas. No me dio detalles de quienes componían el proyecto. De hecho dos de sus amigos que conocía, no tanto como a él. Con uno ya había trabajado en un allanamiento. “¡Carajo, es la oportunidad, bien!”. Me sentí feliz, regresé a casa conspirando, inventando. Danzando en mi cabeza, con mis canes bajo la intemperie oscura, una de la mañana, estrellas lejanas, pomposas y puras, de sustancia lejana. No me daba miedo andar a solas, algunos empedernidos de esquinas conocían a mis amistades. “Gracias a Limber, también gracias a ti”. Inevitablemente me envolvió la ataraxia y el sabor de la muerte. El alimento principal para mis escrituras. Recordé hace más de un año. Al principio de las negaciones de mi estéril, atormentada y obediente vida, con la consciencia más infantil que ahora. Pero si no somos niños en desordenado crecimiento espiritual, qué somos. “Estaba equivocado, en parte, pero debía, era necesario, caer al abismo”, pensaba, subiendo hacia mi jirón en las iniciales faldas del cerro. La atmósfera tan conocida, tan corrompida. Recordé que la muerte me está esperando a pocas semanas, aún cuando conseguía a la muerte eternamente todos los días. Al dormir y despertar vapuleado por aires fríos, nubes kafkianas, como les decía a ellas. Un gato viejo, gris y sucio sobre el techo me mirase como un rey belga, en un muro impregnado de propaganda política y polvo. No estaba solo. La naturaleza estaba de mi parte, intercambiándome su oxígeno, y yo mi odio. Debía recordar el sabor de la muerte.

### II

No podía vivir así, mi cuerpo ya no seguía, despertar, bañarme, estudiar, acomodarme a la santa obediencia. Estaba en la posta del barrio, haciendo cola a Atención General, tan jodido, tan aburrido. Meses me dolía el estómago, me daba infecciones, gastritis, hígado un poco cansado, migrañas por horas, daño a mi sistema digestivo. Cursando los primeros meses del cuarto ciclo en Derecho. Harto estrés, dolores de cabeza, el malestar de la rutina y sus conocimientos bastardos provenientes de la máquina legislativa era mi problema. Además, cómo decirle a mi familia que renuncié a esa carrera que mucho esfuerzo lo llevábamos en proyecto colectivo. Podía sobrellevarlo aunque me costara mucho, pero mi cuerpo daba gritos.

—Doctor, llevo una dieta sana. Qué está pasando.  
—Hágase análisis. —Otra maldita cola, pensé.  
—De niño tuve tuberculosis pulmonar, curada desde el inicio; ganglionar en la adolescencia, asma, anemia inicial.  
—Con más razones debes hacerte todos estos análisis. —Siempre la particular prosa incomprensible de los doctores. No se entiende nada.  
—Ya doctor, por favor, necesito justificación para faltar a mi universidad.  
—Descanso médico, tres días. Ranitidina, jarabe y urgente esta inyección para apagar ese incendio en tu estómago. Dieta estricta. Si usted sigue consumiendo alcohol o fumando le dará cáncer. —¡Carajo! Sus lentes le daban ese aire de preocupación. Era un buen doctor. —Sus elevados grados de hígado graso no le ayudan a su organismo, además de sus problemas psicológicos  
—Tan débil soy, doctor. Muy amable, me retiro, no soporto esto.  
—Cita con nutricionista, y una cita para el lunes con la psicóloga.  
—¿Psicóloga, para qué?  
—Tus insomnios tienen relación con la gastritis, debemos descartar tal vínculo.  
—Ya, doctor. Muchas gracias. Usted es mejor que el otro doctor Muñoz con su cara de palo.  
—Ja,ja,ja. Cuídese, joven.

Me obsesionaba meses anteriores, qué sería de mí si continuaba esa oportuna opción de estudiar, materializar los deseos de mi familia, obtener el gran deseo de independencia económica, de "ser alguien" como anuncia la comunidad del bien. "Estudiar es sagrado", y me daba náuseas, primeramente alcanzar un puesto laboral, para únicamente reproducir los mecanismos de sostener este horrible engranaje, donde somos esclavos como combustible. "¿Era eso, esto me jode tanto?", pensaba. Sedado mi cuerpo cinco días a la semana completas. Escuchar la cháchara estatista de los leguleyos, doctores, pretores intelectuales del aparato estatal. "Que asco, carajo". Me preocupaba de mí, quizá egoístamente. Bob Black tenía razón en sus escritos despotricando el trabajo. Para mi nada giraba por orden primitivo, ninguna sábana de nómades indios escalando árboles gigantes. "Nada, icarajo!, esta mierda me está atosigando de estupor."

—Señorita, tengo esta orden de ampararme ranitidina.  
—¿Has traído tu jeringa?  
—No me dijeron nada.  
—Debes comprarla. También guantes de látex. —Volví a los cinco minutos.

—Aquí tengo todo, señorita. —Debía tener la edad de la china, enfermera como ella. Pero era una amargada.

—Espere allí. Le llamaremos.

—Señorita, no hay nadie, y no soporto este dolor estomacal.

—Espere, joven. Tenemos algunos inconvenientes. —Putamadre, puta sanidad pública.

Preocupado por las tareas que se acumulasen, un bulto irritante se almacenaba sobre mi estómago, y los síntomas ácidos, helados y gorgoteos se espesaban interiormente. Debía no pensar en ello pero, era una responsabilidad. Una gran responsabilidad. "Como si fuese importante toda esta bola de mierda", caminé a la avenida, la pintura decrépita de la oficialidad limeña, cajas móviles humeando asfixia, los griteríos, la masa yendo a algún lugar, a su destino. "Mediocres, creyendo ser alguien, creyendo ser dotados de algo interesante, creyéndose ser el centro de las especies animales". Llegué a casa con ganas de morirme. Tratando de dormir, cogía el celular. Mensajes de whatsapp de Claudia, mi novia, desde el inicio, un hermoso consuelo, me preguntaba cómo iba, qué me dijeron los médicos.

—Me duele todo, nena. Quiero llorar.

—Te vas a recuperar, amor, no estés así. Te visito mañana.

Me aburría la vida. Podía hacer lo que quisiese, y ninguna era una opción provista de libertad y sus malicias estropeando la corrupción del mundo. "¡Putamadre!"

—¿Qué vas a almorzar hoy, Daniel?

—Te quiero almorzar a ti. Estoy recostado. Pensando qué hacer. Quiero abandonar la universidad hace semanas.

—No puedes hacerlo, tu familia se va decepcionar. Yo me voy a decepcionar.

—No soporto esto, lo juro. Además son sobregastos que a veces no hay. No soy como tú que puede aguantar trabajar y estudiar.

—Deberás hacerlo.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Me preocupas, amor. Siempre estás tan loquito. —Si supiera ella de todo lo que me preocupaba, me dejaría de inmediato. —Estoy con las bebidas cuidándolas, la mamá viene a las nueve de la noche. Pensaba en que podías venir a escondidas uno de estos días.

—Ya, claro. Me escondo en su habitación.

—Sí, mi loquito. Vienes.

Meditaba otra vez, qué sucedería si abandonase la universidad. Mi mente desvariaba, terriblemente. De niño fui un sujeto extraño, no del mismo modo que ahora pretendía, eran los albores de una falta de compromiso con el grupo social, lo repienso.. al principio solía ser tímido cuando conocía un ambiente nuevo, luego de entablar vínculos y con esfuerzo me desvanecía en la multitud. El individuo trata de esquivar la tribu para permanecer libre. Quizá siempre de niño me mantuve así: debilucho, enamorado, hiperactivo, conocedor y alejado. No había mucha diferencia entre mis colegas, yo tenía gustos particulares, me gustaba conocer. Mi tía Elena me obsequió un juego completo de historia, geografía y mundo animal para niños de Snoopy, los personajes de las historietas me orientaban en conocimientos básicos sobre el mundo. Luego miraba programas sobre la vida salvaje animal, la destrucción de la naturaleza,

cosa que me preocupaba, hartas caricaturas.

Claudia conocía mi infancia, nos teníamos el uno al otro como informantes de una vida solitaria, lejana de esas florecillas terrenales. Tenía miedo que me dejase por mi irresponsabilidad, por un lado. Yo debía imponerme imperiosamente a mí. Continuar mi senda o morir en la muchedumbre. “Que tormento, carajo”, pensaba queriendo dormir. La primera vez que la vi la esperaba en las bancas de la boletería del Cinemark de Megaplaza de Los Olivos, estudia periodismo en la UPC; una incomprendida e impredecible niña de instintos a flor de piel, Claudia era mi cómplice de canciones de rock, conciertos, fiestas y soledad. Dulce, delgada, su voz palidecía como asustada en mis brazos, recordé por meses su cintura, su sonrisa, y sus brazos apoyados en mí, sus labios finos humedecidos, sus ojos decaídos.

—Me preocupa mis clases, cursos atrasados, la exposición, los exámenes iniciales.

—Lo harás bien, siempre lo haces bien.

—Pero mira lo que me está costando. Me han dado cita con una psicóloga, esperemos que dice —aún yo desconfiando de la institución psiquiátrica, esperaba alguna recomendación médica como excusa para abandonar esa miseria estudiantil.

—¡Que bueno! Que decidieras atenderte por una psicóloga, te lo he dicho hace mucho.

Mis perros revoloteaban mi cama, qué dirían ellos de mí, qué cobarde quizá, abandonar una carrera profesional con buenas miras. Teníamos un tío lejano que fue juez y trabajaba con buenos contactos. “Dinero seguro, Daniel, necesitamos un abogado en la familia”, me indicaba mi tía. Solo debía sacrificar más de la mitad de mi vida en defender las leyes. El techo de mi habitación carecía de todo dibujo, las paredes de madera, las canciones para armonizar el ambiente. “Pútrido”, los olores de estos días. No tenía problemas para rendir en la universidad, menos exponer, memorizar, era sencillo. Sacaba buenas calificaciones al final de cada etapa, los demás compañeros me veían con admiración, dirían que ese impuntual con apariencia de hippie cómo podría ser capaz de aprenderse todo ello. Así la pasé por casi dos años. Solo debía sacrificar mi vida, diario asistiendo a mi centro de domesticación, amparando a la técnica del capitalismo y sus hombres de moral esperándome, con ternos, corbatas, y la legitimidad que te ofrece el ministerio, dentro, en los almacenes de gente donde se decide lo que cada individuo debe hacer. Donde se castiga y se ordena. Lo que me era difícil era adaptarme a cada horario, norma, lenguaje, aspecto, metodología aplicativa de estudio. Prácticamente no me agradaba nada, ni las aulas, los pasillos, los hombres de seguridad, profesores, directores ni los alumnos. El agotamiento mental provenía de ello.

Me deprimía esta circunstancia. Nupcias con el desamparo y la desesperanza. Aún podía elegir algo, quizá. Si abandonase la universidad

debía tener una opción para obtener recursos monetarios, mínimos, no me hacía falta dinero. Claudia no estaría de acuerdo, y era importante evaluarlo ambos. Como pareja y familia. Me daba vueltas la cabeza. No poder sobrellevar la universidad me hacía sentir gravemente inútil y odiar el trabajo, y todo lo que esté relacionado con esa institución pobre.

—Debo tomar estas pastillas durante dos semanas. Luego otras atenciones y estaré mejor.

—Bien. Permanece en casa y no reniegues. Te llevaré algo rico.

—Quiero que tú vengas ahora.

—Si quisiera ir, estar a tu lado, Daniel.

Debía encontrar un trabajo pero que constase medio tiempo, no podría ser peor que días enteros agotándome mi valioso cerebro. “¿Para qué, conseguir lujos, materia industrial, pura porquería del comercio?”, no sabía que necesitase. Habría que acampar en las playas desconocidas y observar sus mares.